

MAYO 2019

La Rusia de Putin en la transición del orden mundial

Por Marcelo Montes

Dr. en Relaciones Internacionales (UNR), Profesor de Política Internacional (UNVM-UNR)

La Rusia que comenzó el nuevo milenio bajo el liderazgo de Vladimir Putin ha sido juzgada, mayoritariamente, desde ópticas afines al neoidealismo liberal. Así, se ha cuestionado el tipo de democracia iliberal que ha exhibido en estas dos décadas y, derivado de ello, se ha evaluado su conducta en política exterior en términos de un neoimperialismo solapado, tanto en su región de influencia como fuera de ella, coherente con la agresividad de la ex URSS. El ciberespionaje le permite intervenir de manera encubierta también en las elecciones occidentales, aumentando la amenaza de candidatos populistas o *antiestablishment*. Dicha interpretación coincide con un orden internacional que decididamente se orienta hacia una nueva Guerra Fría, o al menos “*pax caliente*”, donde Rusia es una de las potencias que pretenden recrear las condiciones previas a 1991.

Nuestro *paper* buscará demostrar algunas hipótesis diferentes. Por ejemplo, cómo la Rusia de Putin ha aceptado las reglas de juego del orden internacional liberal y ha logrado sacar ventaja de ello, pudiendo atravesar la larga y dificultosa transición postsoviética, en paz y con su territorio integrado. Al mismo tiempo, no necesariamente hay una traslación de su régimen político democrático en transición tras siglos de cultura e historia despótica hacia su política exterior, que lejos de ser agresiva, sólo intenta privilegiar la defensa de sus intereses nacionales, actuando en la mayoría de los casos de modo reactivo o a la defensiva.

Palabras clave: Rusia - orden global - transición

CONSEJO ARGENTINO
PARA LAS
RELACIONES
INTERNACIONALES

Uruguay 1037, piso 1°
C1016ACA
Buenos Aires
República Argentina

Tel. +5411 4811 0071
Fax +5411 4815 4742

cari@cari.org.ar
cari.org.ar

Las opiniones expresadas en esta publicación son exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el pensamiento del CARI.

Recientes fenómenos como el Brexit (2016), el ascenso de Trump al poder norteamericano y la “amenaza” comercial china, han avivado los debates acerca de las condiciones, los procesos y los resultados que surgen de la gradual desaparición del viejo orden internacional y el origen de uno nuevo.

Varios autores como Stuenkel, Bremmer e Ikenberry, entre otros, se han dedicado a escribir trabajos que hacen hincapié en tal transición compleja. Lo es porque detona varios cambios simultáneos, cuya naturaleza habrá que indagar si es de carácter estructural o no. Un creciente desastre global causado por el colapso de las instituciones internacionales creadas después de la II Guerra Mundial y cuyo impacto más elocuente es la guerra comercial iniciada entre China y Estados Unidos; una tensión militar permanente por colisión de intereses geopolíticos en Ucrania, pasando por Siria y llegando a Venezuela, entre Rusia y, de nuevo, el hegemon norteamericano, lo cual se traduciría en una nueva “Guerra Fría” o “*pax caliente*”; una gradual estabilización en un nuevo mundo bipolar o multipolar; la preservación o decadencia de la dominación americana, aunque bajo otras modalidades diferentes a las tradicionales (Tsygankov, 2019 :53) (Bremmer, 2018) (Stuenkel, 2016) (Ikenberry, 2014).

La transición mundial post-Washington debe ser analizada en el contexto de estudios teóricos similares, enfocados en las viejas transiciones, como la etapa previa al post-Viena (primera década del siglo XIX), post-París (últimas dos décadas del siglo XIX), post-Versalles (fines de 1918) y post-Yalta (1945), y sus respectivas experiencias históricas¹.

Otra conclusión previa es la constatación palpable de que la transición post-Washington es irreversible aunque pueda demorar más tiempo que las anteriores, incluso extendiéndose más allá de 2050. En ese sentido, es lógico suponer y esperar que cada Estado tenga que repensar su propia estrategia de lucha por la supervivencia y desarrollo. China, India y otras potencias en ascenso tendrán que ser más activas en construir un orden económico, político y militar alternativo al que se va desgajando hoy, más allá del alcance de la influencia económica norteamericana. Entre todos se deberá aprender a coexistir evitando mutuamente conflictos mientras se compite por nuevas oportunidades a escala global.

Un orden mundial implica la adhesión y legitimidad de un determinado balance de poder, tanto desde una perspectiva realista o neorrealista, que hace hincapié en quiénes y

para qué ejercen aquellas capacidades materiales, como desde un ángulo constructivista que apela al reconocimiento de ideas o creencias que sustenten el factor anterior. Toda transición se inicia cuando empieza a desmoronarse tal consenso a partir de que ciertas potencias comienzan a sentirse incómodas, limitadas y hasta inseguras por el corsé impuesto o acordado. Obviamente, la reacción de las potencias statuquistas será siempre la misma, de autoconfianza: las dificultades son transitorias y los temores de las nuevas son exagerados. Tampoco las potencias revisionistas pueden tener las percepciones adecuadas: sobreestiman o subestiman sus capacidades materiales. Los viejos parámetros no sirven en esta instancia (Tsygankov, 2019:55).

Las guerras que les habían servido a las grandes potencias o al hegemon para solventar sus poderes, en algún momento, empiezan a percibirse como más costosas que valiosas o redituables. Menor cantidad de países se pliegan a los esfuerzos hegemónicos por la actividad militar.

El proceso de destrucción y violencia ya no es atractivo como antes, ni siquiera para la opinión pública del propio hegemon. Desde la guerra de Vietnam, pasando por las de Irak y Afganistán, somos testigos de la descomposición e

insuficiencia del poder militar norteamericano, no obstante su notable avance tecnológico. Lo que ellos consideran como “victoria” en la Guerra Fría en realidad fue una claudicación no sangrienta de la ex URSS.

La transición mundial que estamos viviendo presenta tendencias creativas y destructivas, hallándose interrelacionadas. Empezó a mitad de la década del 2000 y ha estado ganando relevancia después de una serie de “revoluciones de colores” en Eurasia y Medio Oriente, errores irreparables del liberal “Occidente” y el crecimiento de políticos y sentimientos nacionalistas en el mundo. No obstante, Estados Unidos permanece como una superpotencia militar y somos testigos de un cambio en el poder militar y económico además de un serio debilitamiento de la autoridad política e ideológica de América y “Occidente” en el mundo.

Obviamente, Estados Unidos ya no puede mantener, ni mucho menos imponer en otros países, las reglas del orden mundial creadas después de la Guerra Fría. Hoy, China, Rusia, Irán y Turquía, entre otros, ya no están orientados hacia el modelo político norteamericano y persiguen cada vez más políticas activas tendientes a proteger sus

esferas de influencia internacional. Nuevas asociaciones institucionales y plataformas de negociación regional son creadas activamente sin la participación de Washington. Los viejos aliados y socios de Estados Unidos en Asia, Medio Oriente y Eurasia ahora se posicionan ellos mismos como actores independientes, priorizan su estabilidad regional y establecen relaciones autónomas con países vistos por Estados Unidos como amenazas a su seguridad nacional y a la paz mundial (Tsygankov, 2019 :62).

La propia y abrumadora capacidad militar, económica, tecnológica y de información norteamericana es una razón poderosa para que países como China o Rusia y otros no busquen una guerra a larga escala como un mecanismo para completar la transición global. En su lugar, priorizan presionar a “Occidente” a que revise el orden mundial de Washington incorporando nuevas reglas sin necesidad de ninguna nueva guerra.

Este proceso se ve más complicado a la hora de verificar la influencia de las percepciones de los diferentes actores estatales respecto a la dinámica y efectos de dicha transición global. Mucha gente en China, Rusia y otros países emergentes tiende a pensar que se aproxima un nuevo mundo porque Estados Unidos se halla en

declinación relativa, mientras Europa ha dejado de jugar el rol de un jugador internacional soberano. Estos sentimientos pueden conducir a actitudes de “*wait and see*” y prevenir el establecimiento de instituciones internacionales alternativas y la implementación de reformas domésticas esenciales (Tsygankov, 2019:63).

Europa y América en cambio, continúan descansando en el poder de la tecnología, sanciones y otros instrumentos económicos en sus intentos de convertir a Rusia, Irán y otros países en rupturistas de reglas globales de conducta, las que son importantes para “Occidente”.

Mientras tanto, la demostración por parte de críticos de “Occidente” de sus capacidades asimétricas y favoreciendo crisis sucesivas, conducen al desarrollo gradual de nuevas esferas de influencia y el dinamismo económico más allá del control norteamericano. Así podrían surgir nuevas reglas de conducta internacional que pueden competir con “Occidente” y que requerirán universalización y reconocimiento global, pero este proceso será largo.

Como resulta obvio, la transición post-Washington durará mayor tiempo que las anteriores, incluyendo la transición post-

París, y podría extenderse más allá de 2050. Esta duración es influida, primeramente, por la imposibilidad de una guerra principal fraguada por la aniquilación nuclear mutua, y segundo, por la asimetría continua del mundo, en donde es más difícil competir con Estados Unidos, que en condiciones de una multipolaridad real (Tsygankov, 2019:63).

Aún así, la única forma de sobrevivir en esta transición pasa por adaptar las condiciones externas e internas a las propias necesidades de cada Estado-Nación para, de ese modo, pretender ejercer alguna influencia importante en el balance de poder y reglas de un futuro orden mundial. El retiro hacia el aislamiento, aún temporario, no es posible hoy debido a la “turbulencia” del mundo global y su apertura relativa.

El tiempo presente requiere de estrategias en las cuales la firmeza en defender la soberanía podría combinarse con una habilidad flexible para crear algo nuevo y deseable en las esferas políticas, militares, económicas y de información. La implementación de semejantes estrategias requerirá Estados fuertes, creativos y con objetivos focalizados. Debieran ser capaces de ir más allá de la regulación macroeconómica, inversiones en proyectos internacionales óptimos y el apoyo a sectores industriales que son los

más promisorios para tal objetivo.

Los países europeos interesados en preservar el viejo orden liberal tendrían la libertad para expandir los horizontes del pensamiento y el cambio internamente, sobre todo desde que el proyecto de la Unión Europea ya no es el garante de la prosperidad interna ni un modelo atractivo a seguir. Es difícil de estimar cuánto puede durar pero su éxito en el futuro, después de 2050, está lejos de ser garantizado. Obviamente, la Unión Europea deberá girar hacia Asia y Eurasia, pero antes las elites europeas deberán asumir esa realidad y prepararse para ello.

Lo dicho se aplica parcialmente para Estados Unidos, pero sólo si Donald Trump lo concibe como una aberración y si la cúpula del Partido Demócrata demuestra voluntad para la integración política y económica (Tsygankov, 2019:64).

Lo más probable es lo contrario: la continuación, de un modo u otro, es el lanzamiento del proyecto nacionalista de “Gran Potencia”, todavía financiado por una buena parte de la opinión pública americana y las elites. El proyecto está dirigido a reducir las obligaciones internacionales de Washington, reteniendo su status de superpotencia, especialmente en las esferas

militar-industrial, energía y tecnología.

Para alcanzar su objetivo, América necesitará realizar transformaciones internas y una nueva política exterior que no debe estar limitada a las medidas de la presión política y militar y las sanciones económicas, que son los pilares de la política de Trump. Semejantes medidas ya han sido usadas contra Corea del Norte, China, Irán, Europa, Rusia y Latinoamérica. Más allá de la confianza de Washington de que la política asertiva de “*diktat*” será efectiva, estas medidas supondrán un costo enorme en el futuro.

La estrategia de las potencias supuestamente revisionistas debiera combinar medidas de las resistencias asimétricas para llevar a cabo sus intereses más relevantes en el mundo y los esfuerzos activos para construir un orden mundial que sea alternativo al anterior y llevar adelante reformas domésticas adecuadas para ello.

Hoy, la asimetría en la defensa de intereses básicos nacionales es no sólo necesaria pero también bastante posible. Como una vez lo mencionara Otto Von Bismarck, “hay tiempos donde el fuerte es débil por sus escrúpulos y el débil crece fuerte por su audacia”. Hoy, la debilidad es un factor distinguible de no sólo algunos países sino también de algunas organizaciones internacionales del alguna vez

unido “Occidente”, lo cual abre oportunidades para China, Rusia y todos aquellos que no quieren retornar a la posición de potencias secundarias. El objetivo de la contrarreacción asimétrica es alcanzable, no como una victoria sobre el adversario, sino como muestra de la inhabilidad para pasar a la ofensiva. Como Brantly Womack, un teórico de las relaciones internacionales asimétricas, escribiera sobre dichos vínculos, el bando débil no puede amenazar la posición del bando fuerte, pero el ladero fuerte tampoco puede imponer su voluntad sobre el ladero débil a un costo bajo (Tsygankov, 2019:65).

La formulación e implementación de semejante estrategia involucrará muchas dificultades, incluyendo el riesgo de confrontar las economías más desarrolladas, la elección de áreas de desarrollo interno, la identificación de proyectos internacionales promisorios y el fortalecimiento administrativo del Estado. La protección de intereses básicos debiera ser mensurada con objetivos creativos de largo plazo, con una perspectiva mayor al 2050.

La transición global en curso es dificultosa para quienes no han tomado posición ante el nuevo orden mundial. La práctica de países no alineados durante los años de la Guerra Fría,

muestra que “jugar a dos puntas” es muy difícil. Parcialmente esto ya está ocurriendo. Países que solían pertenecer al ámbito de influencia global norteamericana están construyendo sus propias relaciones con China, Rusia y otras potencias revisionistas. Por ejemplo, ellos firman acuerdos contractuales en el área de Defensa, más allá de las protestas de Washington. Aún así, la estrategia incluye dificultades considerables. Su implementación requiere no sólo una fuerte voluntad política, también un cierto balance de poder en el mundo y el consentimiento de potencias globales. Ambos factores están faltando hoy. El mundo está siendo testigo en la reconfiguración de mercados globales, sistemas regionales y alianzas político-militares que complican la elección para muchos países.

Cada país afronta un dilema. La transición global ha comenzado y no puede ser revertida. Un nuevo orden mundial se dibuja en el horizonte pero la lucha real está allí adelante. Nuevos temas en la agenda ya son iniciativas planteadas, pero todo dependerá de la voluntad efectiva y la habilidad para tomar decisiones estratégicas. Las alternativas a ello son el caos y la pérdida de status como jugador principal en la política mundial.

Los investigadores de la transición global ya

intentan responder muchas cuestiones teóricas importantes, que son parcialmente discutidas en este artículo: el balance de poder y la percepción por parte los jugadores internacionales líderes; la naturaleza y el grado de antagonismo entre ideologías y valores; el rol de la política doméstica y el empleo de nuevos métodos de gobernanza e influencia en la arena de la rivalidad internacional (Tsygankov, 2019:66).

Las respuestas a estas preguntas debieran ayudar a repensar los marcos y límites tradicionales de la teoría de las relaciones internacionales que separan a realistas, idealistas y constructivistas.

Pareciera que el mejor factor para entender los procesos presentes y futuros de transición global será un repensar general de los recursos asimétricos disponibles para los actores internacionales, las ideas y las percepciones de los líderes de las grandes potencias y la naturaleza de los procesos políticos internos. Por ejemplo, los investigadores de los recursos del poder y el sistema político internacional deberán reevaluar las categorías de geopolítica, sanciones económicas, propaganda y ciber-tecnologías, entre otras.

La confrontación internacional está

crecientemente cambiando a esas áreas y los Estados están activamente desarrollando nuevas competencias en la lucha por poder e influencia. Bajo las condiciones de incertidumbre estratégica, la comprensión de los procesos del nuevo orden mundial, desde la posición de polaridad y la estructura del sistema internacional, típico del realismo estructural, no es suficiente y debiera ser complementada con el entendimiento de las nuevas capacidades de los Estados modernos.

Otro factor importante a tener en cuenta es una nueva comprensión del rol jugado por los líderes de las potencias globales y regionales y sus ideas de un mejor y más justo orden mundial. Desde hace ya años se ha tornado obsoleta la idea de una competencia global entre Estados Unidos y los otros países occidentales, liberales y con sociedades abiertas de un lado y otros países no occidentales, adherentes a un orden mundial westfaliano en el otro. Debiera ser reemplazada por un entendimiento más flexible y realista de la compleja cooperación ideológica y política y la rivalidad en un mundo donde puede haber alianzas globales de nacionalistas, liberales, populistas de izquierda y derecha y representantes de otros grupos políticos, todos unidos contra una coalición única de líderes occidentales y no occidentales (Tsygankov,

2019:67).

Un nuevo análisis de las creencias y caracteres de los líderes es también necesario en virtud de su interpretación desde la posición llamada de “racionalidad” en la toma de decisiones y eligiendo estrategias de conducta internacional probadamente falsas. También los investigadores de la transición global debieran seriamente analizar la subjetividad y el “voluntarismo” de los líderes quienes pueden depararnos sorpresas (agradables y desagradables).

Finalmente y, como nunca antes en décadas recientes, es relevante subrayar el significado de la política doméstica en los procesos de política internacional. El mundo está viviendo transformaciones nacionales e internacionales profundas, acompañadas de una resignificación ideológica de la habitual o tradicional comprensión del liberalismo, el nacionalismo y otros “ismos” que tienen una decisiva influencia en el carácter de los líderes y sus elecciones de las estrategias de conducta internacional. La naturaleza y grado de estabilidad política interna de las sociedades y su habilidad para sobrevivir, contener la presión externa y movilizar para resolver cuestiones estratégicas importantes no son de menor relevancia.

El rol de Rusia en esta transición

El mundo cruje, pero empezó a hacerlo mucho antes de que, por ejemplo, Rusia pretenda imponer sus condiciones al menos en su llamada área de influencia (Georgia, en agosto de 2008, y Ucrania, en marzo de 2014)².

Al mismo tiempo, la búsqueda de la identidad rusa está lejos de finalizar y su éxito dependerá de la combinación de resistencia asimétrica, sustentada en los intereses vitales del país en el mundo, esfuerzos activos por construir un nuevo orden mundial y las reformas domésticas requeridas a tales fines.

Ya tempranamente, en los años 90, mucho antes del comienzo del inicio de esta transición global, con una gran visión el “Kissinger ruso”, el Ministro de Asuntos Exteriores de la Federación, Yevgueny Primakov, expuso sobre estas oportunidades. En América, en cambio, mucha gente vio y todavía ve a una Rusia internamente débil y como una potencia puramente regional, no obstante ya ha demostrado con creces sus considerables capacidades militares y políticas no sólo en Eurasia sino también en Medio Oriente.

La posición rusa respecto al orden mundial de Washington difiere de la alemana, tanto en el sistema de Versalles como el de Yalta. Nadie le

impuso ni podría imponer reparaciones o desarme unilateral a Moscú, y mucho menos una división territorial. Incluso la discusión de ello sería imposible. Rusia no fue derrotada en la Guerra Fría: la finalizó junto a “Occidente”, de común acuerdo, sobre la base de una transitoria unidad de intereses.

No obstante, las reglas de Yalta por las que Moscú esperaba que sean respetadas fueron violadas por Washington en muchos aspectos, siendo el más revisionista de las mismas por aquel entonces. Muchos funcionarios de la Administración Clinton veían a Rusia como una potencia derrotada por lo que esperaban someterla a los dictados y las prioridades de la política exterior americana. Ello parecía contrariar lo postulado, por ejemplo, por Zbigniew Brzezinski, polaco de origen judío, que siendo un “halcón” de la Administración Carter (1976-1980), recomendaba contener a Rusia, así como el Congreso de Viena a Francia, sin humillarla (Brzezinski, 1992).

En realidad, poca gente en Estados Unidos creía genuinamente que el fin de la Guerra Fría había sido una victoria para ambos bandos. Washington, como la única superpotencia, enfatizó su propaganda global en el principio de la democracia liberal, el único que el establishment americano

consideraba como aceptable en términos de legitimidad, en lugar de optar por alcanzar nuevos acuerdos en la delimitación de esferas de responsabilidad y reglas comunes de conducta. Se negoció oralmente la retirada de las tropas del Pacto de Varsovia de Alemania y Europa del Este, incluso la reunificación alemana, pero se mantuvo insólitamente la OTAN (luego se amplió). Gorbachov pecó de ingenuo ante Bush (padre), Baker y Kohl, los otros garantes del acuerdo, insistió, no escrito. No hubo pues ninguna “Hoja de Ruta” para el orden mundial posterior (Itzcovich Shifrinson, 2014).

Rusia fue tratada como si hubiera sido derrotada al estilo de la Guerra de Crimea: privada de gran parte de sus esferas de influencia y soberanía interna. Por el contrario, “Occidente” extendió su gravitación a Europa Oriental, los Balcanes y muchas de las ex Repúblicas soviéticas, además de contribuir a las reformas internas de Rusia con préstamos del FMI y bajo el amparo del llamado “Consenso de Washington”, ajeno a la idiosincrasia económica rusa (Tsygankov, 2019:59).

Dado que la ex-URSS y las potencias occidentales negociaron conjuntamente esferas de influencia en Yalta, muchos en Rusia vieron la decisión norteamericana de expandir la OTAN hacia el este postsoviético como un intento de

tomar ventaja de la debilidad rusa y llenar el vacío de seguridad en Europa tras la Guerra Fría. Washington no quiso acordar con Moscú e introdujo nuevas reglas globales “ad hoc” sin concretar ningún acuerdo formal.

Como potencia “derrotada”, Rusia no podía desafiar las prioridades americanas, pero sí aceptar sus intervenciones militares (Golfo Pérsico, Haití, Somalia y ex Yugoslavia), además de la narrativa liberal de los valores “universales”. Tanto los líderes americanos como europeos criticaron duramente a sus colegas rusos por la violación de derechos humanos y las políticas internas de “mano dura”, como las practicadas en Chechenia. Semejante argumento típico de un imperialismo moral era un intento velado de restringir la soberanía rusa en sus asuntos internos, es decir, en la forma institucional que los líderes rusos consideraron apropiado en ese momento, tratando de evitar la disgregación del país³.

Aún así, está claro que Rusia deberá acometer un denodado esfuerzo societal para adaptarse aún más a la globalización y emprender las reformas estructurales necesarias si quiere acompañar de manera acorde ese papel internacional que ha logrado con autoestima y orgullo nacional en las últimas dos décadas.

Referencias:

(1) La transición post-Viena comenzó a mediados de 1840 con el debilitamiento de los principios establecidos en la Conferencia de Viena de 1815 y cuando sus miembros empezaron a tomar ventaja del debilitamiento del Imperio Otomano. Rusia no buscó cambiar las reglas del sistema, intentando sólo proteger los derechos de los creyentes ortodoxos en el territorio turco-otomano, preservándose como un Estado europeo y manteniendo su flota en el Mar Negro. Inglaterra, que nunca había aceptado plenamente el liderazgo ni la integración rusos, en el concierto vienés se convirtió en la primera potencia revisionista a partir de lo cual aumentó su apetito por el Medio Oriente. Francia y Austria, sin ser igualmente desafiantes, también buscaron el debilitamiento ruso. La guerra de Crimea resolvió estas pujas y el Congreso de París en 1856 creó un nuevo orden. La transición post-París, después de 1871, la más larga de todas las transiciones (40 años) con una Rusia que volvió a equilibrar sus pérdidas, una Francia débil,

una Inglaterra otra vez conservadora y una Alemania en fenomenal ascenso, duraría hasta la nueva ruptura de la I Guerra Mundial. La transición post-Versalles fue posible por un nuevo ascenso alemán con Hitler como Canciller en 1933. Tanto el retiro de la Liga de las Naciones; como la remilitarización germana; las anexiones de Austria y Checoslovaquia, ambas violatorias de Versalles; los acuerdos con Francia, Inglaterra y la URSS, impidieron la concreción de un nuevo sistema de seguridad colectiva, como lo propuso Moscú, pero no evitaron la II Guerra Mundial. La Conferencia de Yalta terminaría legitimando un orden bipolar con las dos superpotencias victoriosas en la guerra, Estados Unidos y la URSS, pero dio lugar a una transición larga como la Guerra Fría, sobre todo desde mediados de 1970 hasta 1989, donde hubo numerosas crisis (Polonia, Irán, Afganistán) aunque la disuasión nuclear obró como un desincentivo poderoso para una guerra atómica y global. Todo ello desembocaría en el orden de Washington, donde Estados Unidos y Europa dictarían las nuevas reglas a

partir de 1992.

- (2) Se advierten dos posiciones muy claras y contrastantes respecto a ese crujido del orden mundial: los “alarmistas” y los “estabilizadores”. Para los primeros, hay una tendencia acelerada a la destrucción o decaimiento de la institucionalidad internacional y sus subsistemas. En Rusia, el Valdai Report de 2018 e intelectuales como Serguei Karaganov ven el mundo así con el agravante de una nueva Guerra Fría entre Estados Unidos y Rusia, con efectos imprevisibles. En cambio, para los segundos, enrolados en cuadros liberales, las profecías anteriores son exageradas. Para el CFR norteamericano por ejemplo, el viejo orden trajo prosperidad y estabilidad enormes. Incluso Ikenberry, aún reconociendo que padece una cierta declinación, la exhibe en su forma de implementación, no en la adhesión de sus principios básicos. Hasta el RIAC ruso concibe este orden como irremplazable, en términos de racionalidad, normatividad y apertura. Los liberales rusos reconocen la caída de “Occidente” pero eso no significa que el viejo orden deba ser transformado, sino más bien, perfeccionado. En ello, guardan confianza en el papel europeo,

reequilibrando la relación con Estados Unidos. En realidad, ambas posiciones podrían estar equivocadas. Los “alarmistas” subestiman la importancia de los procesos destructivos y constructivos en el mundo, desde los cuales se puede construir el futuro orden global. Incluso no visualizan el propio papel de Estados Unidos para regenerarlo, aunque tal vez, sobre la base de otros principios. Los “estabilizadores” pecan de escepticismo sobre la habilidad de los Estados no occidentales para reducir el gap tecnológico y crear una institucionalidad más estable y eficaz (Tsygankov, 2019:60-61-62).

- (3) Entonces, no puede sorprender que Rusia no se demorase en convertirse en el principal revisionista del orden de Washington. Los estudiosos han dejado claro que el reconocimiento del poder por las grandes potencias reduce su asertividad y revisionismo donde la subestimación o el subreconocimiento estimula la conducta revisionista.

Bibliografía:

- BREMMER, Ian, “Us vs. Them: the failure of globalism”, New York: Portfolio, 2018.
- BRZEZINSKI, Zbigniew, “The Cold War and its Aftermath”, in Foreign Affairs, Council on Foreign Relations, Fall 1992.
- IKENBERRY, Gilford John (ed.), “Power, order, and change in world politics”, Cambridge University Press, 2014.
- ITZKOWITZ SHIFRINSON, Joshua R., “How the West Broke Its Promise to Moscow”, in Foreign Affairs, October 29, 2014.
- STUENKEL, Oliver, “Post-Western world: how emerging powers are remaking global order”, Cambridge: Polity Press, 2016.
- TSYGANKOV, Andrei, “From Global Order to Global Transition: Russia and the Future of International Relations”, in Russia in Global Affairs, Volume 17, Number 1, Russian International Affairs Council, January-March 2019.

Para citar este artículo:

Montes, Marcelo (2019), “La Rusia de Putin en la transición del orden mundial” [disponible en línea desde mayo 2019], Serie de Artículos y Testimonios, N° 147. Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales. Dirección URL: <http://www.cari.org.ar/pdf/at147.pdf>